

KRISTI ANN HUNTER

De vuelta al hogar

Libros de
seda

Al único capaz de amar sin medida.

1 JUAN 3:16

*Y para Jacob,
que me ha mostrado el verdadero significado
del servicio y el amor sacrificado.*



Prólogo



En algún lugar de la campiña francesa, 1806

A veces, en las historias importa más el narrador que lo narrado. La verdadera magia está en el corazón de las palabras, en la emoción de las pausas, en la convicción profunda de lo que se cuenta.

Ese era el motivo por el que Jessamine Beauchene siempre le pedía a su padre que le volviera a narrar aquella historia aunque su hermano mayor se quejara.

—Ya te la sabes de memoria —rezongó este, dando un puntapié en el suelo frente al tronco en el que Jessamine, su padre y él estaban sentados. Se habían adentrado en la noche para dejar que su madre pasara un rato tranquila, pues algunos días se le hacían especialmente difíciles.

Jessamine apenas podía recordar los grandes salones y enormes jardines de palacio. Aquella pequeña granja, con su casita de cuatro habitaciones y un amplio granero, era su hogar desde hacía media vida. Pero para mamá, papá y Nicolás era distinto. Ellos sí recordaban las fiestas y la ropa elegante.

Mamá decía que algún día volverían y que era importante recordar cómo había sido su vida. A veces le pedía a la cocinera, Ismelde, que preparase en su rudimentaria cocina un menú elaborado. Jessamine la ayudaba, aunque mamá siempre torcía el gesto.

Jessamine y su madre se ponían sus mejores vestidos, que estaban en un hilo y pasados de moda, y se paseaban afectando sonrisas, tal y como mamá decía que la gente hacía en la corte. Jessamine siempre se sentía boba, pero a su madre le hacía feliz, así que ella se prestaba.

Esa había sido una de aquellas noches, pero no había hecho feliz a mamá. Le había hecho llorar. Últimamente había muchas cosas que le hacían llorar. Desde que el tío de Jessamine, el rey, se había visto obligado a huir de la capital un par de meses antes y esconderse con el resto de la familia, mamá sufría por volver a casa.

Solía culpar a todo y a todos cuando la desesperación la ahogaba, así que en noches como esa habían aprendido que lo mejor era dejarle la alcoba de la parte trasera solo para ella. Una vez que cayera dormida, podrían regresar y meterse en la cama.

—Nunca está de más volver a oírla —dijo papá mientras le daba una palmadita a su hijo en la espalda—. Recordar tu legado es esencial para encontrar tu destino.

Cambió de postura sobre el tronco y el corazón de Jessamine se aceleró al tiempo que la energía crepitaba en el aire. Para ella era como un cuento de hadas, recuerdos tan vagos y distantes que bien podrían haber sido un sueño.

—Hace muchos siglos —comenzó papá con voz grave—, Evrart, el Caminante, decidió establecerse. Erró por ríos y montañas, durmiendo bajo los árboles y en el interior de cuevas, sin querer siquiera plantar su tienda hasta haber dado con el lugar perfecto.

»Entonces, un día, subió a una montaña. En lo más alto brotaba entre las rocas un manantial, con una corriente que bajaba constante entre las piedras y se unía a otros arroyos hasta convertirse en un río que atravesaba un exuberante paisaje. En la distancia se vislumbraba el mar, apenas una línea en el horizonte.

—Verbona —susurró Jessamine.

—Sí, hija mía. Evrart, el Caminante, plantó su tienda en la montaña y llamó al lugar Verbona. De la boca del manantial extrajo un ópalo. Grande, suave, prácticamente traslúcido en su perfección. Lo llamó la «piedra de agua» y lo consideró un signo de que estaba llamado a gobernar sobre esa tierra.

»Construyó una fortaleza de piedra y se proclamó rey. Fue ungido con agua del manantial, vertida primero sobre la piedra y luego sobre su

cabeza. Pronto se le unieron otros y su reino creció hasta tornarse una nación poderosa.

—No lo suficiente —refunfuñó Nicolás, aunque sin mucha convicción. Siempre hacía la misma observación al llegar a ese punto.

—Hay algo mayor que el poder y la fuerza, hijo mío —respondió papá, como acostumbraba a hacer—. Evrart hizo todo lo que pudo para que Verbona fuera un lugar de cultura y razón. Sus hijos y los hijos de sus hijos continuaron su legado. Se fundó una universidad, que se llenó de mentes que rivalizaban con las de cualquier otro país. Nuestro arte era celebrado y hasta los italianos venían a estudiar a nuestros creadores. Verbona se convirtió en la joya de Europa.

»Pero en ocasiones se codicia las joyas y había otros que deseaban Verbona para sí. Aunque la fuerza de las armas no pudo resistir el ataque, la fortaleza de espíritu y corazón prevaleció.

—Aún no —farfulló Nicolás.

—Perseveró, entonces —contestó papá con ademán amable. No le importaban las palabras que pronunciaba; lo importante era el corazón de la historia.

Y eso también era lo que le importaba a Jessamine. El modo en que su voz subía y bajaba, la veneración que dejaban traslucir sus palabras. A veces susurraba ciertos pasajes, pues los reverenciaba demasiado como para decirlos en voz alta.

—Con la amenaza de la guerra cerniéndose sobre nosotros, la reina decidió salvar el corazón de la nación. Tomó todo lo que representaba el legado del rey Evrart y se lo llevó, amparada en la noche. Aunque conquistaran la tierra, nunca podrían apropiarse de la verdadera Verbona.

Jessamine se sentó algo más erguida durante ese pasaje. Le habían dado el nombre de aquella reina valiente.

—Por desgracia —prosiguió con un suspiro—, la reina no pudo ver renacer su país. Falleció y nuestro rey, reducido a ser poco más que un gobernador de su amada tierra, se vio obligado a tomar una segunda esposa, con la esperanza de que, algún día, la corona recobrase su gloria pasada.

»Otros han amenazado su débil posición, al afirmar que eran los legítimos herederos del poco poder restante, pero los descendientes de Evrart se han mantenido firmes. Vuestro tío, además de vosotros, mis queridos

hijos, y vuestros primos, sois los últimos miembros de esa estirpe de líderes inquebrantables que mantienen la esperanza de que el corazón de Verbona un día regresará al país. El conocimiento y la cultura volverán a florecer en medio del poder y la libertad.

»Un día desvelaremos la clave que nos envió la reina madre, que aquella fatídica noche huyó con la reina Jessamine. Somos fieles guardianes del secreto, que nos será revelado en el momento propicio, cuando Verbona esté lista para levantarse de nuevo.

Jessamine suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su padre. Adoraba el modo en que este narraba esa última parte, la profunda esperanza que siempre dejaba entrever. En ese momento no sonaba cansado, preocupado, temeroso ni ninguna de esas otras cosas que a menudo parecía. Ese era el motivo por el que a Jessamine le gustaba tanto esa historia. Cuando papá la contaba, volvía a ser el que ella evocaba en sus ensoñaciones de palacio.

—Yo te ayudaré a lograrlo, papá —dijo Jessamine.

—No está en nuestra mano. —Nicolás negó con la cabeza—. Cuando todo esto acabe, será nuestro tío quien alce a Verbona de las cenizas, o tal vez el príncipe Audebert.

—Nosotros participaremos en la restauración de Verbona. Está cerca, hijos míos. Puedo sentirlo...

Papá calló al divisar una pequeña luz en la distancia. Pronto se le sumaron otras, moviéndose raudas y cada vez más cerca.

—Adentro. Rápido —ordenó papá con severidad, antes de asir a Jessamine por el brazo y arrastrarla hasta la casa. Al atravesar la puerta vociferó—: ¡Alguien viene!

Todo pasó rapidísimo, como si todos salvo Jessamine supieran lo que tenían que hacer en tal situación. A ella nunca le habían dicho nada, nadie le había advertido. ¿Qué iba a hacer sino quedarse en medio de la habitación y mirar?

Su tío Gerard, rey de Verbona, aún tenía puesta la túnica regia que llevaba durante la cena. Abrió la pesada cortina de cuero que tapaba la ventana para atisbar la calle.

—Debemos llegar hasta el granero y escondernos en el refugio. Ve por la bolsa.

—¿Hay tiempo? —La madre de Jessamine se agarraba la falda con tal fuerza que arrugó la seda desvaída.

—Hemos de intentarlo —respondió papá, al tiempo que empujaba el mueble más pesado de la estancia: un sofá traído de palacio en los primeros días de su exilio, muy gastado tras tantos años en el campo. Levantó uno de los tablones del suelo mientras mamá e Ismelde corrían hacia la puerta trasera de la casa.

Debajo había excavado un agujero, del que sacó una pequeña bolsa que entregó a Jessamine.

—Toma esto, *mon oisillon*.

Estaba a punto de volver a colocar el tablón cuando el primer grito cortó el aire tras ellos.

Por un instante nadie se movió, antes de que todos lo hicieran. Gerard, Nicolás y Audebert corrieron hacia los gritos, mientras que papá agarró a Jessamine por los hombros. Pese a sus quince años, seguía pareciendo una niña.

—Veas lo que veas, mi preciosa hija, guarda silencio. Lleva contigo el corazón de Verbona. —Volvió la cabeza al otro lado de la habitación, donde permanecían pálidos y asustados algunos de los sirvientes y consejeros reales que hasta entonces habían constituido un pequeño pueblo escondido. Volvió a Jessamine su rostro sombrío—: Tendrás que hacerlo por todos nosotros.

A continuación la metió en el agujero, contempló la bolsa que apretaba contra su estómago y volvió a colocar el tablón de madera.

Jessamine no se movió ni respiró apenas. Una pequeña grieta le permitía ver únicamente la puerta delantera. Solo unas horas antes, Nicolás, papá y ella habían escapado por ella, riéndose porque mamá volvía a estar de mal humor.

La puerta tembló por la fuerza de los golpes; pronto acabarían con el listón de madera que la mantenía atrancada.

Nuevos sonidos de pisadas en la casa y gritos incoherentes inundaron el escondrijo, al igual que el olor a tierra y madera. La puerta se abrió de golpe y entró un hombre con una lámpara en alto. Por un instante, su cara quedó a la vista de Jessamine, que observaba por la rendija.

Tenía una barba oscura y rizada, y una cicatriz que le atravesaba la frente. Jessamine no pudo mirarlo a los ojos, pero no le hacía falta para saber que era un hombre duro y cruel.

—Prendedlos a todos —dijo con un acento que no tenía nada de francés— y buscad por toda la finca. Esta estirpe de usurpadores no volverá a sentarse en el trono de Verbona.

Nuevas pisadas y nuevos gritos asaltaron los sentidos de Jessamine. Le llegaban retazos, frases sueltas, ruegos y llantos. El sofá se movió a un lado y tapó parte de la grieta por la que Jessamine miraba. Se oyó cómo se rasgaba una tela. Sacaron a su familia mientras buscaban por toda la vivienda.

—Creo que lo he encontrado —dijo alguien en francés antes de mover un baúl hasta la puerta delantera.

Era el baúl que su tío había llevado consigo. Contenía el cetro y la corona reales, así como los documentos oficiales más importantes.

El hombre de la barba rizada volvió a quedar a la vista de Jessamine.

—Su linaje será corregido y la cabeza adecuada, ungida. Quemad este lugar. Prended primero las cosechas para que cuando el fuego llegue aquí y llame la atención sea demasiado tarde para extinguirlo. Cuando acabe, no quedará rastro alguno de su estirpe.

Luego se fue.

Y se hizo la oscuridad.

Los fuertes latidos del corazón de Jessamine eran lo único que rompía el silencio total.

Iban a incendiar la casa.

Con ella dentro.

Comenzó a luchar, a gritar y a empujar, pero el sofá estaba atravesado sobre los tablones del suelo y su cuerpecillo, agazapado en un agujero sin espacio para moverse, era incapaz de apartarlo.

Hasta que no oyó a un hombre decir «¿Quién anda ahí?» con el mismo acento que el barbudo, Jessamine no se dio cuenta de las devastadoras consecuencias que podía tener el ruido que hacía. ¿Y si el fuego no había sido más que una amenaza para hacer que delatara su escondite y el de la bolsa que su padre consideraba tan importante?

—Hemos llegado tarde —respondió otra voz—. Se lo han llevado todo; si había algo de valor, ya no está aquí.

—Inspecciona el granero una vez más —ordenó la primera voz.

—El fuego se acerca. No merece la pena.

—Inspecciónalo.

Se oyó un suspiro y unos pasos alejándose, antes de que un gruñido quedo precediera el rechinar del sofá contra los tablones.

Jessamine se revolvió hasta conseguir introducirse la bolsa bajo el petillo. Aunque odiaba el corpiño rígido que su madre la obligaba a vestir,

a pesar de las modas que habían empezado a aparecer antes de que huyeran de palacio, en ese momento Jessamine agradeció llevarlo.

Sin embargo, la presión que ejercía la bolsa apenas la dejaba respirar. Algo le pinchaba la barriga y, unido al miedo, hizo que se le saltaran las lágrimas. Y los sollozos le dificultaron aún más la respiración.

El tablón se levantó y, a la luz de un pequeño farol, Jessamine pudo divisar un par de ojos grises. No parecían los ojos de una persona especialmente simpática, pero su dueño se veía amable y capaz.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Je... Jess —lloriqueó, tan abrumada por el pánico que ni siquiera pudo decir su nombre completo.

—Bueno, Jess —respondió el hombre—, he venido a rescatarte. ¿Qué te parece si nos vamos a Inglaterra?



Capítulo 1



Marlborough, Inglaterra, 1816

En ocasiones, a pesar del tiempo, la distancia y una buena dosis de indiferencia, el pasado se resistía a desaparecer.

Durante los últimos dos días, todo aquello de lo que Jess había huido se había derramado sobre el muro del pasado y embadurnaba el presente como una papilla. Una papilla amarga, quemada y llena de grumos. Las emociones que había intentado enterrar por todos los medios habían salido a la superficie y habían convertido su mente en una mezcla de pensamientos incompletos y colores estridentes.

Tras una noche en vela, había hecho lo que mejor sabía: había relegado todas y cada una de esas abrumadoras emociones a un baúl en el último rincón de su mente, lo había cerrado con llave y se había propuesto determinar cómo iba a resolver el problema que tenía ante sí.

La segunda noche sin dormir hizo que la irritación se escapase de aquel baúl y la llenase hasta sentir la necesidad de apuñalar algo. De todos los sentimientos que habían aflorado en los últimos dos días (euforia, miedo, pesar, ilusión, esperanza, desesperación... cualquier emoción de esas elaboradamente exageradas en una novela gótica), la irritación era la que mejor sabía afrontar.

Al fin y al cabo, la gente solía ser irritante, especialmente cuando había que sonsacarle algún secreto.

Lo que no resultaba tan fácil de dirimir era qué parte de su situación en ese momento la irritaba más: que alguien hubiera sido capaz de localizarla y enviarle la carta, que ella hubiera sido capaz de descifrar el viejo código sin el más mínimo problema o que fuera a tener que pedir ayuda a un hombre tremendamente cargante.

No, era la última parte. Seguro.

Ya sabía que sus días de aislamiento y de pasar desapercibida estaban contados, y nadie podía esperar que tras casi diez años de vivir en medio de intrigas y peligros, todo fuera a desaparecer con la brisa del campo. Pero necesitar ayuda era un engorro.

Tener que pedirla era un fastidio.

Y tener que pedírsela «a él» era un asco.

Pero no tenía otra opción. Si la carta que había recibido decía la verdad (y confiaba plenamente en el hombre que se la había escrito, por lo que tendría que asumir que así era), no podía hacer nada más.

Necesitaba la ayuda del señor Derek Thornbury.

Para obtenerla, iba a tener que pedírsela, lo que implicaría hablarle y eso exigiría permanecer en la misma habitación que él sin desenvainar su cuchillo y clavárselo en la pierna. Una tarea ingente, dado que no había palabras para describir lo insufrible que era.

Ese hombre era el recordatorio andante de todo lo que a Jess se le daba mal en la vida, y él no tenía reparo en señalárselo constantemente. Era incapaz de abrir la boca sin que se sintiera como una verdadera idiota.

Por desgracia, esas habilidades eran precisamente las que ella necesitaba.

El señor Thornbury podía leer e interpretar textos antiguos y sabía de arte. Jess sabía de táctica, estrategias y complejos disfraces. Su último plan la había llevado a la cocina para prepararle una bandeja de té con sus dulces favoritos. Llevaba tiempo sin hacerlos, ya que había evitado cocinar cualquier plato que a él pareciera agradarle.

La venganza, sutil y mezquina, era un arte que Jess sí dominaba.

Las voces de un par de criadas camino de la lavandería interrumpieron el silencio de la cocina, su refugio durante los últimos tres años. Eran dos de los numerosos sirvientes que últimamente habitaban el hogar que había sido el escondite perfecto durante tanto tiempo. Aunque todo el personal contratado en los últimos dos meses era nacido y criado en la

zona, por lo que no había posibilidad de que nadie conociera su pasado, Jess no lograba bajar la guardia y dejar de buscar el menor indicio de que alguien no fuera quien decía ser.

Tampoco es que importara si había sido alguno de ellos quien había revelado su paradero. Jess sabía que, por muy secreta y protegida que estuviera la casa, acabaría por salir a la luz. A pesar del peligro, no había sido capaz de marcharse.

Se había quedado, aun cuando las demás dejaron de esconderse y se casaron, cuando dejó de ser la única habitante de la cocina y asumió el mando de un pequeño grupo de subalternos, e incluso cuando las visitas empezaron a entrar y salir de la mansión.

O entrar y no volver a salir, como sucedía en ciertos casos. Jess frunció el ceño mientras acababa de preparar la bandeja.

Era verdad que lo habían contratado para evaluar la ingente cantidad de obras de arte que albergaba la propiedad, pero había entablado amistad con el dueño y se estaba tomando todo el tiempo del mundo en cumplir el encargo. Estaba a medio camino entre un empleado y un amigo.

Como ella.

Jess había acabado encariñándose con la gente con la que había vivido oculta. A sabiendas de que la volvería vulnerable, había dejado al descubierto parte de su corazón.

Y ahora la habían encontrado.

Pero, en realidad, era bueno. Si se hubiera enterado demasiado tarde del contenido de la carta, los remordimientos la habrían reconcomido hasta reducirla a un manojito de amargura y culpabilidad.

Pero ya no tenía por qué preocuparse, ya que «sí» conocía el contenido, «sí» contaba con lo necesario para resolver el problema y «sí» tenía un plan.

Más o menos.

Quizá fuera más bien una idea.

Y para poder convertirla en un plan viable iba a necesitar la ayuda del señor Derek Thornbury, para lo cual iba a necesitar una ofrenda de paz en forma de galletas bañadas en almíbar.

Jess entró en la despensa por harina y aguzó el oído a la conversación que mantenían un par de criadas. Una de ellas tartamudeaba levemente, algo que solo hacía cuando había dormido mal la noche anterior. De vuelta a la mesa de la cocina, Jess se desvió para apartar un cubo del camino

de otra sirvienta, que acarreaba un montón de sábanas tan alto que era imposible que viera por dónde iba.

La masa de las galletas pronto estuvo lista, con su chorrito de almíbar para que el producto final tuviera la textura de un bizcocho. La sugerencia de añadir ese ingrediente había sido lo primero que aquel hombre le había dicho al conocerla. Jess detestaba la repostería, o más bien cocinar, en general. Odiaba los recuerdos que despertaba en ella, pero sabía que era buena. Muy buena. Un experto en arte no debería saber más que ella.

Pero al intentar demostrarle lo equivocado que estaba, el resultado había sido delicioso.

Jess había arrojado las galletas a la lumbre y se había negado a volver a hacerlas.

Hasta ese día.

Una ofensa no habría bastado para que Jess lo odiara. Probablemente. Pero él se lo había puesto facilísimo al ser un pomposo e inagotable pozo de conocimientos y sugerencias. Aunque quizá «pomposo» no fuera la palabra.

Solía estar demasiado enfrascado en lo que estuviera haciendo como para jactarse ante los demás de su mente excepcional, pero el caso es que sabía cosas que los demás no y se veía en la necesidad de divulgarlo con regularidad.

No obstante, con un poco de suerte, Jess conseguiría que en esa ocasión la demostración de su talento la beneficiase a ella.

Con el té humeando en la tetera y los platos de comida dispuestos lo mejor que sabía, Jess enfiló la escalera de servicio. Se encontró alguna que otra mirada de extrañeza, pero la gente solía quedarse mirando cualquier cosa que se saliera de lo normal. Era la primera regla para ir de incógnito: intentar actuar con la mayor normalidad posible para el entorno en que se estuviera. Nadie presta atención a lo normal.

Por desgracia, Jess tenía que reconocer que hasta ese momento apenas se había dejado ver en la planta superior y casi nunca se había encargado de llevar una bandeja. A veces una no tenía tiempo de preparar la escena como es debido.

Al salir de los dominios de los criados, se topó con un problema. ¿Dónde diantres estaba su objetivo? Hasta donde ella sabía, el señor Thornbury no seguía ninguna lógica a la hora de moverse por la casa

mientras catalogaba sus innumerables obras de arte y antigüedades. Esperaba que los registros que guardaba fueran más organizados que sus métodos.

Diez minutos después, cuando ya no había humo que escapara de la tetera formando bellas volutas, lo encontró en la cámara privada del piso superior.

—Buenas tardes, señor Thornbury —dijo con una falsa sonrisa en el rostro, mientras se recordaba que la necesidad la había obligado a hacer cosas peores y depositaba la bandeja en una mesita auxiliar.

Él levantó la vista del cuaderno en el que se pasaba el día garabateando y ladeó la cabeza al mirarla, por lo que un mechón crecido le cayó sobre las cejas.

—Buenas tardes.

—Le he traído té.

—Ya lo veo. —El hombre atravesó la sala y levantó la tapa de la tetera para echar un vistazo al fondo—. ¿Está envenenado?

Jess apretó la mandíbula, pero no perdió la sonrisa. Una sola vez lo había amenazado con ponerle dedalera en el té si seguía dejando las pinturas y esculturas esparcidas por la mesa del comedor, y ahora él examinaba cada gota de líquido que preparaba como si esperase que un monstruo marino fuera a saltarle encima.

—No, no está envenenado. De hecho, me preguntaba si podríamos tomar una taza juntos.

—Quiere tomar té... —Se llevó una mano al pecho, lo que hizo que la aburrida levita marrón, que llevaba sin abotonar, se le abriera—. Conmigo.

Jess contó mentalmente hasta tres antes de responder:

—Sí.

Él miró el té y luego a ella, entrecerrando los ojos castaños, escondidos tras unos anteojos negros y redondos.

No podía reprocharle las sospechas. Su situación era extraña. Oficialmente, ella era la cocinera de la propiedad y no debería acercarse a un caballero que estaba de visita, aun cuando, técnicamente, él también fuera un empleado del marqués dueño del lugar. Sin embargo, ella también era amiga de la nueva marquesa y, antes de que el marqués se hubiera mudado a la mansión, había sido mucho más que una simple cocinera, por lo que la jerarquía social resultaba no poco confusa.

Además, había que añadir que ella no había hecho nada por disimular lo mucho que él la irritaba. No habían mantenido ni una sola conversación que alguien pudiera considerar agradable y educada.

A la postre, el señor Thornbury carraspeó y asintió antes de indicar con un gesto una silla junto a la mesita.

—Ya que se ha tomado la molestia de preparar el té, no veo motivo por el que no podamos compartirlo.

Una vez que Jess se hubo sentado, él se acomodó en el sofá que formaba un triángulo con la silla y la mesita y observó en silencio cómo Jess servía el té y las galletas.

Contempló una vez más la taza que Jess le entregaba antes de darle un sorbo.

—Hay un fascinante Caravaggio en esta sala. Justo ahí. Colgado en un rincón, como si tratara de esconderse. Un lugar realmente extraño para exhibir una obra maestra.

Jess tomó una honda bocanada de aire y se recordó que la vida era mucho más que lo que se aprendía en los libros.

—No sé nada de Caravaggio.

—Ya —respondió él con calma—. Lo que me lleva a preguntarme por qué desea tomar el té conmigo.

Jess tenía que reconocer que no era un cobarde. Jamás había vacilado en decir lo que pensaba. Si no fuera siempre tan sabiondo, podría admirar esa habilidad suya.

Depositó la taza con cuidado y juntó las manos sobre el regazo antes de mirarlo a los ojos. Aunque habría querido mantenerle la mirada sin pestañear, las dos noches en vela la obligaron a parpadear antes de enfocar la vista. Sabía qué tenía que decir y sabía que seguir adelante sola implicaría más tiempo e incluso el fracaso.

Pero saberlo no le facilitaba las cosas.

Deslizó una mano sobre la pierna y el leve crujido del papel le recordó el contenido de la carta que llevaba en el bolsillo. Su hermano estaba vivo y haciendo todo lo posible por restaurar el legado familiar. Alguien, probablemente la misma persona de quien llevaba escondiéndose la mayor parte de su vida, quería impedirselo. Ella tenía la llave del éxito de su hermano... pero no sabía cómo usarla.

Si quería evitar que todo lo que había hecho su padre desapareciera en una Europa asolada por la guerra, tendría que dejar que el señor Thornbury se adentrara en su vida.

Enderezó los hombros y lo miró a los ojos.

—Señor Thornbury, necesito su ayuda.



Derek Thornbury no sabía mucho sobre las personas, al menos sobre las personas vivas, y aún menos sobre las mujeres, pero había una cosa que sí sabía: a esa mujer en concreto él no le gustaba.

No hacía falta tener grandes cualidades de observación, que él admitía no tener, ni grandes dosis de conocimiento sobre la manera en que las mujeres se habían relacionado con los hombres a lo largo de la historia, cosa que sí tenía. No, estaba claro que no le gustaba porque las pocas veces que habían hablado, ella le había dicho: «Usted no me gusta».

Ese era un tipo de indicador social que ni siquiera a Derek se le podía escapar.

Y, sin embargo, allí estaba, tomando el té con él y, si sus oídos no lo engañaban, le estaba pidiendo ayuda.

Dejó la taza con delicadeza. También dejó la galleta, aunque a regañadientes. Tal vez Jess lo confundiera en varios aspectos, pero disfrutaba enormemente de sus habilidades culinarias.

—¿Cómo?

Había querido decir algo más, de verdad. Tal vez «¿qué quiere decir?» o «¿qué necesita?», o incluso «¿qué le ha causado tal desesperación como para venir a buscarme *motu proprio* y pasar más de un minuto en mi compañía?». Pero como no estaba seguro de cuál sería la pregunta adecuada, no le salió más que un «¿cómo?».

Ella suspiró, exhalando más aire del que él habría creído que cabía en un cuerpo tan menudo.

—Necesito su ayuda.

Eso no respondía a ninguna de sus preguntas.

Alcanzó de nuevo la galleta y volvió a soltarla sin llegar a darle un bocado.

—¿Con qué necesita ayuda?

—Tengo algo así como un diario, antiguo, escrito por uno de mis antepasados. Está en italiano.

—Pero usted habla italiano.

De hecho, lo hablaba muy bien, sin acento y con la fluidez de un nativo. Habían discutido en ese idioma más de una vez, aunque su capacidad de expresión era muy inferior a la de ella. Empezaba a pensar que ese era el motivo por el que ella lo usaba.

Sus mejillas se encendieron y, por primera vez, que él supiera, fue incapaz de mirarlo a los ojos.

—Sí. —Se aclaró la garganta antes de añadir—: Lo hablo, pero soy un poco lenta leyendo. Tengo que hacerlo en voz alta para saber qué dice. Y, aun así, no siempre lo consigo. Tardaría semanas, o incluso más, en traducir el diario. Me temo que no tengo tanto tiempo.

Derek se arrellanó en el sofá e inclinó la cabeza, mirándola con atención.

Ella frotó una mano contra la falda antes de continuar:

—Hay... Bueno, digamos que el diario guarda un mensaje sobre un lugar en el que alguien escondió algo de gran valor.

Derek volvió a tomar la taza, bastante decepcionado a pesar de la curiosidad. No era la primera persona que pretendía embaucarlo para participar en un robo, intentando convencerlo de que se trataba de ir a la caza de un tesoro.

—Y dice que le gustaría encontrarlo.

—Sí. No... —Volvió a suspirar—. No es para mí.

Eso sí que era nuevo.

—¿Y para quién sería?

—Alguien a quien creía muerto, pero que no lo está.

Advirtió cierta cadencia en sus palabras, un acento que casi sonaba francés, pero que no lo era; algo que había permanecido años oculto bajo los sonidos del idioma inglés. Ya se había percatado antes, cuando ella estaba especialmente enojada por algo que él había hecho. Pero ese día se le notaba más.

—Pese a lo interesante que este Lázaro redivivo pudiera resultar —respondió—, voy a necesitar algo más. Al fin y al cabo, ya estoy comprometido con un encargo.

—Lleva meses aquí —gruñó ella—. ¿Qué más le puede quedar por hacer?

—Haven Manor ha reunido una gran cantidad de obras a lo largo de los años. El primer propietario era un consumado coleccionista.

—Las obras no se van a ir a ninguna parte.

—Podría decirse lo mismo de lo que sea que esté buscando, si es que pretende encontrarlo con el diario de un antepasado lejano.

Sus labios se apretaron y sus finas cejas rubias formaron un ceño terrible que no se avenía en absoluto con sus rasgos. Todo en ella era pequeño y delicado, perfecto como una muñeca de porcelana o una pintura de Botticelli.

—Tengo motivos para creer que el objeto tiene una importancia vital ahora mismo.

—¿Y desea encontrarlo antes que nadie?

¿No pasaba siempre eso con el arte? En cuanto alguien indicaba el más mínimo interés por algo, todo el mundo proclamaba que era una obra maestra.

La calidad real importaba poco a la hora de evaluar una pieza. La cuestión era quién más quería poseerla.

Decepcionado y, a decir verdad, algo intimidado por la pequeña mujer, su mirada descendió hasta sus pies. Unas desgastadas botas de cuero asomaban bajo su falda anodina. Un arañazo largo y pálido atravesaba la puntera izquierda.

¿Lo habría hecho sin querer con uno de esos cuchillos con los que lo amenazaba siempre que se aventuraba a bajar a las cocinas?

Tal vez debería empezar a enviar un criado a traerle lo que necesitase de la planta inferior, pero por algún motivo disfrutaba provocándola. Como un niño que hace rabiar a un perro encadenado, sentía la emoción del peligro con la seguridad de saber que ella no le haría nada.

O, al menos, así lo creía.

—Ya le he dicho que no es para mí —repitió—. Pero sí, primero debo encontrarlo.

Derek apartó la vista de sus pies: se negaba a mantener esta conversación mirando al suelo.

Jess, pues ni siquiera sabía su apellido y le habría resultado demasiado extraño llamarla simplemente «la cocinera», se rozaba una uña con la otra. Por lo demás, permanecía totalmente inmóvil. Su respiración era sosegada y su postura, tranquila; pero la uña del meñique no cesaba de rascar la del pulgar.

Derek era experto en antigüedades. Trabajaba con objetos creados por personas muertas. O más bien objetos creados por personas muertas en el momento presente. Una distinción importante. Cuando estaba

trabajando, se podía pasar días sin apenas relacionarse con nadie que respirase.

Los vivos tenían la molesta manía de exigir que se acordase de los buenos modales y que acabara las frases.

Pero Jess no solo era una molestia. Era una complicación inmensa, un misterio que cambiaba constantemente, lo que le provocaba una enorme frustración a la vez que lo tentaba a acercarse más.

Y en ese preciso instante le estaba ofreciendo la oportunidad de acercarse lo suficiente como para resolver el profundo misterio que representaba. A lo largo de los años, la curiosidad había sido un innegable acicate más de una vez y, francamente, si algo o, en ese caso, alguien era lo bastante intimidante como para llevar a Jess a buscar ayuda, había de ser fascinante.

Por supuesto, lo mejor sería que ese alguien continuara con su vida sin saber de la existencia de Derek.

Aun así, su curiosidad no pudo resistirse a los cantos de sirena.

—¿Por qué «primero»?

Ella inspiró profundamente y enderezó los hombros, adoptando una postura que aprobaría hasta la más severa de las institutrices.

—Porque el destino de un país podría depender de quién encuentre primero este tesoro y cuándo lo haga.

Un país. No «el» país. Sus sospechas de que no era inglesa se confirmaban. Habida cuenta de que la guerra había acabado hacía poco en la parte francófona del mundo, ese leve dejo en su voz invitaba al escepticismo.

—¿Qué país?

Jess arrugó aún más el ceño.

—¿Va a ayudarme? —contestó antes de sacarse del bolsillo del delantal un libro encuadernado en piel.

Era injusto. Resistirse en teoría era mucho más sencillo que impedir que su brazo se estirase y tocase la historia, su mano abriese las páginas y su mente se sumergiese en la de alguien que había vivido antes que él.

El libro estaba usado y tenía los bordes gastados y manchas oscuras por donde lo habían agarrado a lo largo de los años. Los diarios eran ventanas increíbles al pasado. La gente escribía en los diarios cosas que jamás llegarían a las páginas de los documentos históricos oficiales: la vida, el amor, las historias ocultas tras las escenas que mostraban pinturas y esculturas.

Quería ese diario. La pregunta era si lo quería tanto como para tener que tratar con ella.

Jess giró el libro lo suficiente para que él viera un emblema gofrado en la cubierta. Las líneas sinuosas parecían dibujar hojas, pero apostaría algo a que eran olas rompiendo contra las rocas, pues en el centro se apreciaba un escudo con la imagen de una bestia astada, similar a un unicornio con zarpas. Una de las patas, levantada, apuntaba con una espada al cielo, mientras que la otra garra, ceñida al cuerpo, sostenía una cruz. Otras partes de la imagen se habían borrado con el tiempo, pero él sabía de qué animal se trataba. Lo había visto en libros.

—¿Cuánto hace que se escribió? —preguntó antes de tragar saliva, mirando fijamente el libro como si fuera a desaparecer. Si era anterior a la caída de la monarquía, no sería capaz de dormir hasta haberlo visto con sus propios ojos.

—Solo tiene fecha la primera entrada. Pone 1660.

Derek se humedeció los labios. Le habría gustado creer que era lo bastante sensato como para no quemarse las manos inmiscuyéndose en los problemas de los demás, pero ya se estaba inclinando hacia delante para alcanzar el libro.

—Muy bien —dijo mientras extendía sus dedos hacia ella—. ¿Por dónde empezamos?